

CAPÍTULO XVII

Se dirige Cortés á San Juan de Ulua. — La Malitzin ó D.^a Marina. — Recepcion satisfactoria que se hace á Cortés. — Desembarco de los españoles. — Forman su campo en unos arenales.—Regalos presentados á Cortés por el gobernador de la provincia.—El gobernador azteca parte para Méjico á poner en conocimiento de Moctezuma la llegada de los españoles.

1519. El tiempo se manifestaba favorable á los expedicionarios. La flota, surcando rápidamente las ondas, se dirigia serena hácia la isla de San Juan de Ulua, perteneciente al poderoso imperio mejicano. Los bajeles marchaban á la vista de la costa, permitiendo á los alegres soldados descubrir las sólidas casas y cultivadas campiñas que embellecian el paisaje. Los que habian hecho el viaje de descubrimientos de aquella tierra con Grijalva, señalaban á sus compañeros, á medida que navegaban, los sitios mas notables, pronunciando los nombres que les habian puesto en su anterior expedicion.

Algunos dirigiéndose á Hernan Cortés, que contemplaba contento el pintoresco panorama que se describía á la vista, le decían: «Allí queda la *Rambla*, allá *Tomala*, aquí el *Rio de Guazacualco*, acá el *de Alvarado*, llamado así en honor del valiente caballero que marchaba en la expedición; aquel es el *Rio de Banderas*, donde Grijalva adquirió diez mil duros en piezas de oro por cascabeles y abalorios; aquella la *Isla de Sacrificios* donde se hallaron las víctimas humanas sacrificadas á los ídolos.» Escuchando el caballero Alonso Hernandez Portocarrero las palabras con que recordaban algunos hechos del viaje anterior, se acercó á Hernan Cortés y le dijo con respeto y agrado: «Páreceme, señor, que os han venido refiriendo, los que con Grijalva vinieron anteriormente, aquel romance de Montesinos:

Cata Francia, Montesinos,
Cata Paris la ciudad,
Cata las aguas del Duero,
Do van á dar á la mar.»

»Pero yo os aconsejo, añadió, que os cuideis solo de las ricas tierras y del mejor modo de gobernarlas.»—«No hayais cuidado, contestó Hernan Cortés con afabilidad, «que si Dios me depara ventura en armas como al paladin Roldan y tengo caballeros tan valientes como vuestra merced, yo me entenderé muy bien con los demás.»

1519. Entretenidos en esta conversacion y recreándose con el risueño aspecto de la costa
Jueves Santo.
Llega Cortés

á San Juan que veian, llegaron á la isla de San Juan de de Ulua. Ulua, nombrada así por Grijalva cuando desembarcó en ella (1).

Era la tarde del Jueves Santo de 1519 cuando la flota llegó al término de su viaje. El piloto Alaminos, que conocia perfectamente la isla y el sitio mas conveniente para dejar resguardados los buques de los nortes que con frecuencia soplan en aquella costa, se dirigió á sotavento de la isla, donde los bajeles anclaron con seguridad.

Los expedicionarios se hallaban en las aguas pertenecientes al imperio mejicano. Anclada en el expresado sitio dejamos á la flota de Hernan Cortés en las últimas líneas del primer tomo de esta historia.

La situacion interior del país y la marcha política de las diversas monarquías y repúblicas que ocupaban el hermoso suelo del Anáhuac, referidas quedan detalladamente en las páginas del mismo volúmen.

El poder de los mejicanos, que fueron los últimos que se establecieron en el vasto y fértil país del majestuoso valle en que mas tarde fundaron la magnífica ciudad de Tenochtitlan, se habia extendido hasta los mas distantes confines. Las mas ricas provincias habian sido conquistadas por las aguerridas huestes aztecas, y continuaban siendo tributarias de la corona de Méjico. Fuertes guarniciones ocupaban las plazas principales de las tribus conquistadas, y ninguna de ellas osaba levantarse á recobrar su independencia, temiendo el terrible castigo que le espe-

(1) En el primer tomo, página 765, queda referido el origen del nombre de San Juan de Ulua, puesto por Grijalva.

raba si era vencida. Los tributos impuestos á las naciones sojuzgadas, excedian á la posibilidad de los pueblos; pero la inexorable dureza de los encargados de su cobro los hacian realizables. Esta opresion constante producía algunas resistencias, pero eran sofocadas en el mismo instante, descargando la pena de muerte sobre los que las promovian. El temor al castigo, la vigilancia desplegada por los gobernadores mejicanos puestos en cada provincia con tropas aguerridas, el hábito de obedecer, el respeto y veneracion que infundia en todos el solo nombre de Moctezuma, el renombre adquirido por sus aguerridas tropas, acostumbradas á vencer donde quiera que se presentaban, y la conviccion de que sobre la tribu que se rebelase caerian como un alud las otras, obedeciendo la voz del poderoso monarca, hacian fuerte y grande su imperio. Sin embargo, aquel poderío podia desaparecer el dia que se levantasen varias provincias simultáneamente para recobrar su autonomía. La nacion mejicana tenia por enemiga implacable á la república de Tlaxcala, á la cual cerraba las puertas de su comercio: contaba con el odio de los michoacanos, cuyo rey Tangaxoan ó Caltzontzi, como despues le llamaron los españoles, habia combatido contra el poder de Moctezuma en defensa de su territorio, y veia dividido el reino de Acolhuacan, su constante aliado, entre el monarca Cacamatzin y su hermano Ixtlilxochitl, que se habia declarado enemigo de los mejicanos.

Esta, como dejo referido extensamente en el primer tomo, era la situacion en que se hallaba el interior del país de Anáhuac á la llegada de Hernan Cortés. Las armas de los ejércitos de Moctezuma habian extendido el poder de

su imperio hasta el Golfo de Méjico, por el Oriente; hasta el mar Pacifico, por el Mediodía; casi hasta Guatemala, por el Sur, y colindaba con las bárbaras tribus chichimecas, por el Noroeste. El nombre de Moctezuma era pronunciado, por lo mismo, con respeto y veneracion por todas las naciones de aquella hermosa parte de la América. La fama de sus riquezas no era una fama usurpada, sino real y positiva. Los tributos en oro, impuestos á las provincias conquistadas donde abundaba aquel codiciado metal, eran considerables, y por eso, en donde quiera que los españoles preguntaban en dónde se hallaban las tierras que lo producian, les contestaban «Acolhuacan, Méjico;» nombres de que entonces Hernan Cortés no tenia noticia ninguna.

La flota ancló, como se ha dicho, á sotavento de San Juan de Ulua.

Los barcos se colocaron á conveniente distancia unos de otros, poniéndose á cubierto de los nortes.

Sobre el castillo de popa del buque en que se hallaba Hernan Cortés, se izó la bandera de Castilla, que flotaba majestuosa, acariciada por la blanda y tibia brisa que rizaba suavemente las azules aguas de la bahía.

Los ojos de los expedicionarios estaban fijos en el punto de la costa frontero á la isla. Era una playa árida y arenosa que reverberaba con los abrasadores rayos del sol.

Ni una sola persona se veia en la orilla.

De repente se vieron llegar apresuradamente hácia la playa dos grupos numerosos de indios, que iban de algun pueblo próximo á la ribera. Cada uno de ellos desató una gran canoa que se hallaba en la orilla, entraron en sus

respectivas embarcaciones, y se dirigieron, remando á toda fuerza, hácia donde estaba anclada la flota.

La franqueza y confianza con que se iban acercando llamó la atención de Hernan Cortés y de sus capitanes.

Las dos canoas marchaban con dirección al buque del general español, pues los indios comprendieron por la bandera que en él flameaba, que allí debía estar el jefe de la expedición.

Nacia la confianza de los indios de las consideraciones con que fueron tratados por Grijalva cuando, un año antes, había anclado en aquellos mismos sitios.

Al llegar al costado de la capitana alzaron los remos, y mientras unos se quedaban en las canoas cuidándolas, otros penetraron á bordo, preguntando por el general. Hernan Cortés esperó que Gerónimo de Aguilar le dijese lo que decían; pero la lengua mejicana era muy diferente de la maya que se hablaba en Yucatan, y el intérprete se quedó en la misma duda.

La perplejidad del general y de Aguilar fué observada por una de las indias esclavas que los caciques de Tabasco habían regalado á Hernan Cortés para hacer el pan de maíz. Aquella india, conocida con el nombre de Marina, y por los indios después con el de Malitzin, sabía el idioma mejicano, y adivinando con su viva penetración que ignoraban la pregunta hecha, dijo en lengua maya, dirigiendo la palabra al intérprete: «Estos individuos son mejicanos y manifiestan deseos de hablar con el jefe español.»

Aguilar quedó gratamente sorprendido al ver que existía á bordo una persona que podía comunicarle por medio

del idioma de Yucatan, lo que los enviados mejicanos decían. No quedó menos contento Hernan Cortés, pues comprendió toda la importancia que tenía para su empresa el contar con los medios de entrar en relaciones con el monarca del vasto territorio que se encontraba á la vista. Mirando en la joven india una de las mejores adquisiciones á que podía haber aspirado en su viaje á Yucatan, la hizo que se acercase para que sirviese de intérprete, distinguiéndola, desde entonces, con su aprecio y favor. Como el papel que llegó á representar en la historia de la conquista es altamente simpático, conveniente será dar á conocer al lector algo, respecto de su nacimiento, de su carácter y de sus bellos sentimientos.

Había nacido la graciosa india Marina en el pueblo de Painalla, distante ocho leguas de la ciudad de Goatzacualco, en la provincia de este nombre, situada en los límites del imperio mejicano hácia el Sudeste. Era hija del cacique del mismo pueblo de Painalla, y sus parientes pertenecían á la principal nobleza del país. Muerto su padre cuando ella era aun muy niña, contrajo su madre segundas nupcias, llegando á tener de este matrimonio un hijo, que era el encanto de los recientes cónyuges. Marina fué vista desde entonces por la mujer que le había dado la vida, con indiferencia y hasta con desprecio. La inhumana madre, queriendo asegurar para el fruto de su segunda unión, el cacicazgo y la herencia legítima que le pertenecía á la niña, tomó una determinación en abierto contraste con los dulces sentimientos naturales que generalmente atesora el alma sublime y tierna de la mujer. De acuerdo con su marido, dispuso hacerla desaparecer de la

provincia en los momentos que se presentase una ocasion oportuna, pero de manera que nadie se imaginase que ellos habian sido los autores de su desaparicion. Al fin se presentó la ocasion que con ansia habian esperado. A una de las esclavas que tenian, se le acababa de morir una niña en los momentos en que se hallaban en el pueblo unos mercaderes ambulantes de Jacalanco. Al llegar la noche, la madre de Marina llamó á los expresados mercaderes que debian salir muy temprano hácia Tabasco, y les regaló su hija, diciéndoles que era una niña esclava. Hecho esto, fingió que el fruto de su primer amor habia fallecido, celebrando con gran solemnidad las exequias de la hija de la esclava, haciendo creer al público que era la suya. Los mercaderes de Jacalanco vendieron la graciosa niña al cacique de Tabasco, y de él fué esclava hasta el momento en que la regaló á Cortés con otras indias, para que las ocupasen en hacer el pan de maíz. Era de buen parecer, de gallardo cuerpo, de claro talento, de excelente corazon y resuelta y franca. Convertida á poco al catolicismo por el padre Olmedo, que se valia de Aguilar para hacerla entender las excelencias de la religion cristiana, tomó, en el bautismo, el nombre de Marina, siendo conocida con este nombre, y con el de *Malitzin* y *Malinche*, en la historia (1).

(1) No teniendo la lengua mejicana la letra *r*, los indios la substituyen para nombrar á la joven Marina con la *l*, quedando transformado el nombre en *Malina*; pero agregándole despues la terminacion *tzin*, que es título de respeto y dignidad, la llamaron *Malintzin*, esto es, *Doña Malina* ó la *Señora Malina*. Los españoles, encontrando difícil la pronunciacion india, la llamaban *Malinche*.

Poseyendo Marina la lengua mejicana, que era la suya, y conociendo perfectamente la de Yucatan, donde habia crecido, transmitia á los mejicanos las palabras que Cortés le dirigia á Gerónimo de Aguilar, y que éste le comunicaba en yucateco. De igual manera daba á conocer al general español, por medio de Aguilar, lo que los mejicanos decian.

La adquisicion de la inteligente india Marina fué de gran valia para Hernan Cortés, que se halló así en la ventajosa posicion de poder comunicarse con el emperador mejicano y con las autoridades del imperio. Pronto llegó á poseer con bastante perfeccion el castellano, pues sintiendo en su alma un afecto tierno hácia el caudillo español, el idioma en que éste hablaba era para ella el poético lenguaje del amor.

Hernan Cortés, comprendiendo todo el valor que para su grandiosa empresa tenia la jóven mejicana, la hizo su intérprete y la trató siempre con las mas distinguidas consideraciones. El trato íntimo y el ingenio de la belleza india, acabaron, por fin, de convertir la gratitud del jefe castellano en amorosa pasion, y correspondiendo Marina á ella con toda la fuerza de su corazon, tuvo un hijo de aquellos amores, llamado D. Martin Cortés, comendador de la órden militar de Santiago, cuya vida, como á su tiempo veremos, estuvo sembrada de sinsabores.

Se hallaba Marina, al llegar á las playas mejicanas con Hernan Cortés, en la primavera de su vida: segun la descripcion que los conquistadores han dejado de ella, poseia irresistibles atractivos personales y era de una belleza extraordinaria. En relacion con su encantadora figura, se

encontraban su claro ingenio y la bondad de su generosa alma. Fué siempre leal á los españoles, en los cuales encontró constantemente aprecio y deferencia, y nunca dejó de influir poderosamente en el bien de sus verdaderos compatriotas. Sacó varias veces á los primeros de situaciones muy comprometidas, dándoles aviso de conjuraciones contra ellos dispuestas, y salvó á los segundos de severos castigos dispuestos contra algunos pueblos donde se habia dado muerte á varios españoles. Aunque tuvo debilidades y errores, no se puede culpar de ellos sino á los defectos de su primera educacion. Por lo demás, todos los historiadores convienen en que estaba adornada de excelentes cualidades. Su memoria fué para los españoles altamente grata; que no lo fué menos para sus compatriotas, á quienes siempre consagró una invariable simpatía, lo revela el cariño con que pronunciaban el nombre de *Malintzin*.

Por medio de Marina y de Gerónimo de Aguilar, supo Hernan Cortés que la embajada de los indios se reducía á darle la bienvenida, y á manifestarle, de parte del gobernador de la provincia, que habia orden del emperador Moctezuma de proveerle de lo que necesitase; que si algo, por lo mismo, deseaba, lo dijese, pues seria servido en el mismo instante. El general español les respondió que sus miras, al visitar el país, eran pacíficas, y que, por lo mismo, anhelaba tener una entrevista con el distinguido jefe que les enviaba. En seguida dispuso que se les diese de comer y de beber, y terminada la comida los colmó de regalos de abalorios, de cuentas azules y de otros objetos de alta estima para ellos.

Los indios se despidieron de Cortés, no cabiendo de gozo por los presentes recibidos; entraron en sus canoas, llegaron á la playa, y amarrándolas prontamente, se dirigieron á la poblacion en que se hallaba el gobernador y que distaba ocho leguas de la costa.

Referido dejo en anteriores capítulos, que no dudando el emperador Moctezuma que los españoles eran los hombres blancos y barbudos prometidos por el dios del aire Quetzacoatl, que debian llegar á gobernar el país, ordenó, cuando llegó Grijalva, que se les llevasen presentes y regalos, dándoles la bienvenida. Pues bien; al saber que la escuadra de aquel general se habia ausentado, dispuso que se tuviese cuidado, por si acaso volvía, de obsequiarle y atenderle en todo. Las autoridades, acatando la disposicion del emperador Moctezuma, seguian teniendo en la costa vigías que avisasen cuando se descubriesen algunos buques en ella. Al llegar la flota de Hernan Cortés, los centinelas puestos en los puntos señalados dieron aviso al gobernador de la llegada de buques iguales á los primeros, y en consecuencia envió á informarse de lo que deseaban.

La buena disposicion manifestada por el gobernador de la provincia, por medio de sus mensajeros, y los excelentes informes que se tenian de la riqueza del país, inundaron de lisonjeras esperanzas el corazon de Cortés. Resuelto á informarse detenidamente de los elementos de grandeza que encerraba el vasto territorio en que el imperio de Moctezuma brillaba en todo su esplendor, se propuso establecer allí su campamento.

Al dia siguiente, Viernes Santo, muy de mañana, se